

“Tarotista de carretera”.

La mujer, se sentó en la terraza aspirando el aroma de los eucaliptus que la rodeaban. Hacía cinco años que había llegado a vivir a ese lugar. Al principio, cuando surgió la idea de ir a vivir al campo, pensó que era descabellada. Ahora, próxima a la vejez, cuando más necesitaba tener los servicios básicos a mano, y perdida en el campo, entre cerros y bosques, era un verdadero riesgo. Y lo tomó. Cambió la vorágine y el gentío de la ciudad, por la paz y la soledad que le brindaban esos casi seis mil metros de terreno, en forma de herradura y rodeado por un canal, que hoy por hoy era su hogar. Una pequeña casa de madera era su refugio y dos gatos y dos perros la acompañaban.

Cada tarde era costumbre verla sentada en la terraza, mirando la carretera, que en ese sector de Culiprán, estaba marcada por una pequeña cuesta. Los autos subían lentos, pero bajaban con las revoluciones a mil. Eran de todos los colores y modelos, unos más nuevos que otros. Algunos tan silenciosos, que si no fuese por el color y la silueta, se diría que ni pasaban por el sector.

La mujer, había encontrado la fórmula de sacar provecho a la observación. Cada vez que repetía el ritual, se daba a la tarea de imaginar la vida y los problemas que cada conductor arrastraba al momento de cruzarse por su punto de observación.

Ese día, había estado lento el tránsito vehicular. Era el día posterior a Navidad y las familias acostumbraban pasarlo en sus casas, disfrutando los

nuevos regalos y probando los juguetes que los niños de la casa habían pedido al Viejito Pascuero.

Por la cresta de la cuesta asomó un desvencijado camión de color azul, no era moderno. Tenía barandas de madera y por el sonido, parecía arrastrar más de una falla o tal vez muchos kilómetros en el cuerpo. El chofer, hombre de cuarenta años, con apariencia de minero, curtido por el sol de la pampa nortina, iba solo. En su mente se mezclaban las urgencias de vender luego el camión, antes que se detuviera y no hubiese forma de echarlo a andar de nuevo, y la operación a la que se tenía que someter su mujer, luego que un quiste se incubara en uno de sus pechos. A medida que bajaba la cuesta, la velocidad del camión aumentaba, y con ello, las dificultades para encontrar comprador y obtener el dinero para respaldar la estadía hospitalaria de su mujer. Al perderse en la lejanía, camión y hombre se perdieron con su historia.

El auto pequeño, asomó tímidamente en la cuesta. Brillaba su capot verde limón, con los rayos de la tarde. Se notaba casi nuevo o muy bien mantenido. Una mujer lo manejaba. Era joven, con aires de profesional. Durante dos años había ahorrado para comprarse el ansiado vehículo, indispensable para trasladarse de su casa al colegio en donde trabajaba. En su casa la esperaban su esposo, joven también, y su pequeño hijo. Al bajar la cuesta supo mantener la baja velocidad del vehículo, como buscando tiempo para estudiar la decisión que esa noche había de tomar. Hacía algunos meses, la sospecha que su esposo le era infiel, ya no era sospecha, sino realidad. Esa noche era clave para ambos. Su matrimonio dependía de kilómetros o segundos más o menos, desde donde

se encontraba hasta su casa. Se perdió en la carretera y el sonido potente del auto dio luces que, en ese auto, la decisión ya estaba tomada.

La doble cabina no podía pasar inadvertida, era bella desde el parachoques a la patente trasera. De un sobrio color plumizo, con protecciones de acero inoxidable que lanzaban destellos de colores a su paso. Un potente motor y su tracción en las cuatro ruedas, la situaron majestuosa en la cúspide de la cuesta. Al parecer sentíase dominante, ya que antes de bajar hizo una pequeña pausa, como pidiendo permiso al cerro para bajarlo. Su conductor, hombre próximo a jubilar, nada mal parecido, no iba solo. Lo acompañaba una joven, algo menor que él. Por la forma en que su mano se posaba en su regazo, no era su hija. Era su querida, a cuya casa se dirigía. Esa mañana, la muchacha había asistido a los últimos exámenes que su médico le había solicitado, por una dolencia que arrastraba hacía ya unos meses. La mujer los vio pasar frente a la terraza, radiantes, contentos y llenos de vida. A kilómetros de distancia una esposa veía enfriarse el almuerzo, a la espera de un marido que tal vez no llegaría.

Por el sonido, inconfundible, podía tratarse de un tractor o una máquina retroexcavadora. Muy populares y necesarias para los trabajos del campo. La mujer, muchas veces había tenido que recurrir a ellas, para limpiar o preparar la tierra para el sembradío. El sonido le era muy familiar. No se equivocó, era un tractor. Lo conducía un hombre maduro, que lucía sobre su cabeza una chupalla. Era más el ruido que la velocidad, lo que lo caracterizaba. De color rojo. Tenía en la parte posterior una banda de platos de acero, llamados discos, usados para labrar o roturar la tierra. En la cabina, al hombre aún le daba vueltas en la cabeza,

la conversación que esa tarde había tenido con el patrón. El futre no entendía que después de varias cosechas consecutivas, la tierra debe descansar, ya que, de lo contrario, todo lo que se plantara en las cuatro hectáreas, no produciría. Desde que llegó a trabajar al fundo, las siembras que había hecho, eran a medias con el patrón. Él ponía el trabajo y parte de su sueldo para semillas y fertilizantes, el patrón ponía la tierra, los vehículos y lo que faltara. Hasta ahora, habían tenido buenos resultados, porque él era un hombre trabajador, y el patrón cumplidor. Este año como nunca, llevaba las cuentas al día, tanto es así que se había atrevido a pedir un préstamo para comprar su propia máquina, independizarse y hacer su propio negocio. A fin de mes vencía el pagaré. Si no conseguía reunir el dinero, perdería la máquina y parte del dinero. Debía conseguir que el patrón se dejara guiar por la sabiduría de la tierra, en vez de la sabiduría de la universidad. El sonido del tractor se alejó, llevándose con él los sueños de un hombre curtido por el campo.

Cuando el jeep negro apareció en la cuesta, no le cupo duda alguna que era el auto del doctor. Era inconfundible. Siempre hacía los mismos movimientos y la consabida tocada de bocina, como alertando a la familia de su llegada. Ese día no había sido distinto a los otros. Los pacientes, jóvenes y viejos repetían las dolencias de antaño: lumbagos crónicos, esclerosis incipientes, hernias vertebrales, y lo más curioso y llamativo era que de un tiempo a esta parte, habían aumentado considerablemente las consultas de madres con niños que arrastraban problemas cervicales. Este día, no había sido la excepción. Manuel, un púber de 11 años, según su madre, venía arrastrando dolores de cuello que

últimamente se habían tornado insoportables, al punto de tener que suspender el uso de su celular, ya que, según la mujer, cada vez que lo manipulaba los dolores se acrecentaban. Era innegable que la tecnología había llegado para mejorar y facilitar las labores humanas, pero, en el caso del celular, también había traído consigo dolencias nuevas. Era preocupante la situación y había que tomar medidas al respecto. Se dijo a sí mismo que no dejaría pasar tiempo antes de hablar con el delegado de salud del distrito, presentarle su inquietud y ver maneras de implementar una campaña educativa al respecto. Si no se tomaban medidas, era de esperar que con los años la estructura ósea del ser humano, sufriera cambios alarmantes, y en vez de andar erguidos, mirando hacia lo alto, nos transformáramos en humanos encorvados que miran constantemente hacia el suelo. La imagen ósea que vino a su mente, no fue nada de alentadora, ni atractiva, sobre todo si ella llevaba los rostros de sus hijos Daniel y Felipe.

El jeep pasó raudo por el punto de observación de la mujer, y se ocultó entre el follaje de los álamos. El doctor con su inquietud a cuestas, sus diagnósticos, recetas, intervenciones y miedos se perdió entre llamas, cabros, ovejas y gansos que pastaban en la pradera.

La silueta era familiar, el color también. Un subaru blanco station asomó en la cuesta. Por la velocidad se veía que el conductor tenía mucha prisa. Seguramente quien lo conducía era joven, la osadía y el manejo al tomar la curva, lo evidenciaron. Un golpeteo en el corazón la alertaron que el conductor debía ser portador de noticias urgentes o malas noticias. Tal vez un accidente, un fallecimiento. No supo por qué su inquietud fue en aumento a medida que el auto

trasponía su línea de observación. Una imagen y un recuerdo vinieron de golpe a su presente: ¡Su hermana Anita! ... Rápidamente la desechó. Hacía pocas horas la había visto por última vez. El tratamiento iba haciendo lo suyo y cada vez la mejoría era evidente.

Curiosamente, tras el auto blanco, apareció veloz en la cuesta un sedán gris, con años auestas, que intentaba infructuosamente, al parecer, dar alcance o sobrepasar al Subaru. Al volante, una mujer de avanzada edad, marcado su rostro por angustias momentáneas. Demandas y abogados le consumían la poca energía que le iba quedando. A toda costa, pretendía impedir que el Subaru llegara a destino. La alta velocidad y la curva nunca se han llevado bien, y esta vez no fue la excepción. El derrape y el volcamiento eran evidentes. La mujer, desde la terraza, vio con impotencia cómo el sedán traspasaba el camino y en una pirueta extraña giraba volando en dirección a la quebrada. Gritó: ¡Dios mío, se va a matar! Pero penas un susurro salió de entre sus labios.

En un segundo, se vio girando por los aires, mientras árboles y arbustos pasaban raudos por su lado intentando atraparla con sus ramas. La mujer de la terraza intentó cubrir su rostro con las manos, hasta que...

Un bocinazo en el portón la sacó de sus cavilaciones. Corrió hacia él y antes de abrirlo escuchó a su hijo gritar desde el Subaru: ¡Maldita señal, una vez más no podemos comunicarnos! ...Te he estado llamando no sé cuántas veces!!! ¡Tu hermana Anita...!